

Inés Palmira Arnaiz



Impulsora de la Universidad para Mayores (UMER)

El año 1994 se puso en marcha la llamada Universidad de Mayores Experiencia Recíproca. En ella se trataba de crear un foro para la formación personal, la cultura y la ciencia.

Su impulsora, y podemos decir que fundadora a la vez, fue una mujer que ahora acaba de cumplir los ochenta años y que quiso llevar a cabo un viejo proyecto al que ella misma consagró más de treinta años en tierras extranjeras como exiliada española.

Inés Palmira Arnaiz Amigo reúne todo eso que podíamos llamar «espíritu inquieto e ilustrado». Desde su casa madrileña del barrio de Fuencarral, muy cerca de la sede de esta Universidad, Palmira ordena papeles del ahora mis-

Ser mayor a esta mujer sólo le ha supuesto haber cumplido años en la experiencia y la veteranía de la vida. No sólo es una de las fundadoras de este proyecto cultural para mayores, es también un poco el alma y guía de un grupo de personas que como ella también tienen ganas de seguir participando y aprendiendo de esta misma vida.

Texto: José L. González Cañete

Fotos: Javier C. Roldán

mo y también —por petición de este periodista— papeles y recuerdos de la historia. De una historia necesaria de reconstruir para llegar a este 1996, donde esta mujer sigue más activa, más viva y más locuaz que nunca.

«Nací en Sestao, localidad vizcaína, en el seno de una familia humilde. La segunda de cuatro hermanos fui, y recuerdo mi infancia como un aperitivo dema-

siado feliz para luego capear todos los avatares que mi propia familia iba a acometer años después. En el Conservatorio vizcaíno terminé mis estudios de piano y un año más tarde el bachillerato. La guerra civil me pilló con los libros debajo del brazo preparando mi ingreso en la facultad de Medicina de San Bernardo en Madrid. Nada de aquello pudo ser. En poco contraí matrimonio con un

eminente periodista con el que compartí amor, hijos y exilio.»

Estudiar en Moscú, vivir en Bucarest

Salir de España fue todo uno, y encontrarse en los campos de refugiados españoles en Francia —a los que ella sin eufemismo los denomina de concentración— fue el remate final. Este es uno de los capítulos más tristes de su vida. Gracias al Gobierno soviético de la URSS se les cursa a ella y a su marido una invitación por separado para reunirse en la moscovita ciudad de los niños de la guerra españoles que ella tan bien ha tenido como educadora en uno de esos colegios que el Gobierno de la URSS habilitó para reunir a todos

aquellos niños perdidos.

«En la Universidad para Científicos de Moscú, en mitad de la gran guerra mundial, compaginaba mi labor de educadora con mis estudios de Lengua Española. Licenciada y junto a mi marido y mis dos hijos nos trasladamos a Rumania. Yo, para fundar la cátedra de español en la Universidad de Bucarest, y mi marido, para dirigir allí como periodista Radio España Independiente, La Pirenaica, como la conocíamos popularmente todos.»

Inés Palmira es en la actualidad presidenta de la UMER y junto con otros colegas mayores han constituido un comité de dirección para crear esta Universidad. Recuerda cómo hace unos años, escuchando la radio matutina, oyó hablar de un proyecto de Universidad para Mayores, que ya estaba medio funcionando en la ciudad de Salamanca. Con el proyecto bajo el brazo y las ilusiones típicas de una mujer combativa visitó los despachos de rectores de Universidad madrileña y de la propia ministra de Asuntos Sociales. El eco fue sonoro, y entre unos y otros brindaron a Palmira un local del INSERSO para celebrar las clases y una pequeña ayuda para los gastos de representación.

«Desde que llegué a España en el año 1977 no he dejado de organizar cursos, conferencias, charlas y otros eventos culturales. Cuestión que no dejo de agradecer una vez que tuvimos que salir de Bucarest debido a la destrucción cultural de un país como Rumania a manos de la pareja —término que utiliza para definir al antiguo gobernante rumano Ceausescu y su esposa—. Salimos cansados de tanta mediocridad y de

falta de rigor cultural y científico en la Universidad rumana. Allí quedó mi hija y allí vivirá eternamente después de su fallecimiento hace tan sólo unos años. La vida sigue y tuve que superar no sólo eso, sino también el adiós de mi marido y compañero en tantos años. Desde aquel 77 he visto cambiar mucho las cosas, aunque cuando llegué yo sólo era una señora de sesenta años que ya muchos querían recluir como la abuelita que hace calceta en casa. ¡A quién le iba a interesar mis títulos universitarios en un país convulso y en tránsito político! Aunque se me reconocieron teóricamente mis títulos académicos, no pudo ser en la práctica por la falta de acuerdos políticos entre esa España y los países del orbe comunista.»

Una labor cultural en el país que la vio nacer

Pero dio lo mismo, con reconocimientos o no, Inés Palmira logró encaminarse dentro de su amor por la docencia y organizó todo tipo de eventos culturales que le hicieron soltarse en ese ámbito y fue experiencia decisiva para que posteriormente tuviese la genialidad de convencer a grandes figuras del pensamiento científico español como



Palmira Arnaiz, como una buena «ejecutiva», utiliza el teléfono como herramienta principal de su trabajo.

Laín Entralgo, Sampedro, Ruiz-Giménez, Miret Magdalena y el mismísimo José Luis Aranguren. Todos ellos han pasado por esta Universidad impartiendo docencia a sus alumnos, especiales y novedosos alumnos.

«No tenemos exámenes, ni controles, ni organizaciones férreas en la disciplina. Aplicamos el término universidad como una universalidad en el conocimiento. No estamos ya para pasar exámenes ni evaluaciones que aprobar. Sólo nos anima a mí y a los más de cien matriculados elaborar un conocimiento en materias tan dispares como física, historia o ecología.»

La vida diaria de Inés Palmira es rápida y activa, como su carácter. Compra el periódico a primera hora y todo lo demás es trabajar en la UMER. Organizando nuevas conferencias, convocando a nuevos conferenciantes a que con su filantropía colaboren con ella. Cuando esto no es así, hay que seguir organizando el comité de dirección, asistiendo a sus reuniones y preparando las asambleas de los socios.

«Mi quiosquero me dice muchas veces en plan de broma: «¡Palmira, usted no se va a morir nunca. No tiene tiempo!» Y la verdad es que a mis ochenta años aún me sorprende a mí misma estar casi todo el día pronunciando esta frase, pues es cierto que entre

tantos papeles, invitaciones y actos, a veces veo que me haría falta que el día tuviese algunas horas más.»

Dice que siempre está a punto de visitar de nuevo Rumania; allí quedó su hija y ahora siguen estando su yerno, un famoso productor de cine rumano, y su nieto. Su otro hijo vive en un pueblo de la sierra madrileña y también heredó la vocación musical de su madre. Palmira no es una mujer evocadora con nostalgia, sino una emprendedora coleccionista de recuerdos que cuando cierra el álbum sigue pensando en lo que hay que hacer mañana y dentro de unos meses: clausurar este año académico, abrir el próximo, organizar unas visitas culturales a Toledo, preparar una nueva asamblea y seguir convocando a eminentes personalidades de la cultura española para que participen en esta Universidad de Mayores.

«Somos pocos, pero seremos más. Porque las personas mayores ya no sólo pensamos en lo ocioso y en lo lúdico, como ahora dicen ustedes. Actividades como ésta nos hace ser más plenos y a la vez suscita en todos nosotros esa zozobra por seguir adquiriendo conocimientos sin necesidad de que se nos pare el reloj de la vida sólo por el hecho de ser mayores. No se fije usted en que tengo ochenta años —me dice cuando le pregunto sobre cuestiones del quehacer diario—, no se fije en eso, porque eso es sólo un accidente. Fíjese en mí como una mujer emprendedora que ama la vida, la cultura y la docencia. Fíjese sólo en eso, porque eso sí es la esencia; lo otro, ya le dije, es sólo una circunstancia.»